

La vieja mujer estaba metida en su casa. Disponía los objetos siempre de tres en tres; tenía tres sillas en el comedor y tres platos de comida, aunque sólo llenara el suyo. La averiguación del pasado de la mujer está entre la bruma. Desde aquí es inimaginable anotar algo al respecto: es su pasado.

La puerta tenía echado el cerrojo. Nadie podría entrar a los dominios de la vieja, a pesar de que ella necesitara ayuda incluso para meterse en la cama. Los demás vecinos —gente común que elaboraba conjeturas fáciles— decían que había cometido algún crimen y por eso se castigaba en vida con el encierro (la gente común a veces es ingenua porque ¿se necesita una causa fatal para dejar el mundo?). La vieja no sufría, pues para dramatizar es indispensable la mirada de otros. Ella sólo estaba en su casa, haciendo los cálculos para que no se quedara vacío el refrigerador y llamar al supermercado con su listado de víveres en la mano. Se alimentaba bien: procuraba incluir proteínas en sus guisos, beber agua y tomarse las vitaminas que promocionaban en la televisión. Llevaba el pelo recogido y se afanaba en su arreglo: aretes largos, la cara con bastante crema humectante y los labios pintados de rojo desde temprano. En las noches, preparaba la ropa que iba a ponerse al día siguiente, cuidaba la armonía de los colores y, si era necesario, sacaba la plancha para repasar la camisa o la falda. Llevaba medias de color café que disfrazaban su piel blanca y usaba, de la mañana a la noche, zapatos de tacón mediano con el fin de recuperar la línea de la espalda. A las diez de la mañana ella era elegante.

Dicen que las cosas no siguen un curso perpetuo, quizá por eso la soledad de la vieja terminó cuando un gato saltó al patio desde la enorme barda de enfrente. Ella salía tres veces cada tarde a revisar el patio: una justo después de comer, la siguiente a las seis y la última antes de cerrar las puertas interiores. Era usual que encontrara algún pájaro sobre el suelo, o que los gatos de la zona pasearan por el borde del muro. Entonces los asustaba. No quería nada vivo.

Pero este gato pasó desapercibido. Era un animal enorme de color gris que parecía perdido. La vieja seguramente quedó pasmada al verlo entrar por la puerta de la sala, con toda soltura, fisionando debajo de las sillas. Eso sucedería mientras cenaba; debe haberse llevado la mano al pecho para gritar con una voz que no imagino: ¡cómo entraste! Luego, al levantarse de la silla, el gato prevenido por el grito se metería detrás del sofá. Pienso en la vieja enrojecida y desesperada por la presencia animal, como si fuera a morir.

Hoy se terminó mi entretenimiento. Me noté acostumbrado a mirar desde la ventana de mi casa hacia la suya durante las mañanas, antes de irme a trabajar y al volver, con la curiosidad propia de cualquiera.

Salí cuando escuché las sirenas. Me acerqué a uno de los policías que estaba en su puerta. El policía me contó que los habían llamado del supermercado porque creían que estaba muerta. Hacía dos semanas que no pedía de comer y, como era mayor, concluyeron con cabalidad que algo le había pasado. Dijo literalmente: “La verdad es que cuando estábamos en *su* casa, teníamos un poco de miedo pero no nos atrevimos a decirlo”. Tenía razón: cruzar esa puerta era un hecho insólito. (Parece que uno de mis vecinos estaba detrás, metiendo la cabeza para conocer el otro lado.)

Como no quiero alterar lo que sucedió, transcribiré las palabras del oficial —aunque lo haga según las recuerdo: “Primero pasé yo, luego mi compañero. La sala estaba vacía, igual que la cocina y el baño de abajo. Subimos las escaleras, llegamos al cuarto principal, revisamos el baño, el balcón del cuarto y regresamos a la planta baja para ir al jardín. Al dar nuestro reporte, llegamos a la conclusión que ya todos los vecinos conocen: en esa casa no había vivido nadie durante años”.

Me pidieron que declarara. Dije que yo había estado observándola desde afuera. No tengo nada más que agregar.

